

ro, que en la fragua, á golpes de martillo, temple y vigoriza los caracteres.

PAULINA.—Pues forja tú, tú, esa conciencia fuerte que deseas en mí.

GUILLERMO.—Hoy sería vano intento. Aún no estás preparada.

PAULINA.—Si me dejas sola, ¿cómo he de prepararme? (Aparece Elisea en la puerta derecha.)

GUILLERMO.—No quedas sola... Ahí tienes á tu guardiana y amiga. (Señalando á Elisea, que se adelanta.)

PAULINA.—Elisea, ven en mi ayuda.

GUILLERMO.—(Retirándose.) Ten valor, ten alma... Adiós.

PAULINA.—Adiós... ¿Volverás algún día por mí?

GUILLERMO.—(Desde la puerta, con voz solemne, persuasiva.) Paulina, no volveré por ti hasta que sobre tus propias ruínas edifiques una existencia nueva. (Vase por el foro.)

ELISEA.—Es terrible.

PAULINA.—Justiciero.

ELISEA.—Ha dicho que debes prepararte.

PAULINA.—(Con gran resolución.) Ya lo estoy. (Llamando.) Teresa... Juana...

ELISEA.—Ten calma... Dime...

PAULINA.—Mi alma anhela la reparación... la busco... no la rehusaré aunque la encuentre entre llamas como las del Purgatorio. (Recorre muy agitada la escena. Teresa le trae un sombrero.)

ELISEA.—¿Qué haces? No te precipites, hija.

PAULINA.—(Poniéndose el sombrero.) Si allá me dan tormento, mejor. Venga mi destrucción, venga mi ruína.

ELISEA.—¿Pero estás loca?

PAULINA.—Cogeré mis escombros, y con ellos haré una Paulina nueva.

ELISEA.—¿A dónde vas?... dímelo.

PAULINA.—Al convento, ó lo que sea... al taller, al yunque.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Jardín del Asilo donde está instalada la colonia de Guillermo Bruno.—A la izquierda, la fachada del edificio, con ventanas y puerta practicable en el piso bajo; toda la pared cubierta con frondosos rosales de enredadera, que trepan hasta el piso superior.—A la derecha, vegetación de arbustos, rosales trepadores y jazmines, que se agarran al tronco de corpulentos árboles. Entre dos de éstos, hacia el fondo, paso á la calle.—Al fondo, seto de ciprés recortado, con un arco que da paso á la huerta. Tras esto, higueras corpulentas, palmeras y otros ejemplares de la flora mediterránea en gran desarrollo.—En todos los sitios donde no estorban el paso, tiestos con plantas florecidas. En primer término, un banco rústico.—Es de tarde.—A telón corrido, el coro, con voces de hombres, mujeres y niños, canta en la escena, alejándose, el Himno á la alegría (allegro de la 9.^a sinfonia de Beethoven). Se alza el telón cuando el coro termina, y aparece la escena vacía.

ESCENA PRIMERA

PAULINA, por la derecha.

PAULINA.—El cántico alegre que oí desde la calle se apaga, se pierde... ¡Qué silencio! Retiro misterioso, ya estoy en tí... ¡Cosa más rara! El viejecito portero no me ha puesto ningún obstáculo, ni me ha preguntado quién soy. (Avanza hacia el proscenio, esparciendo sus miradas.) La casa, modesta, grandona... El jardín, ¡qué bonito!... libre, lozano, tirando á silvestre. (Mirando al fondo.) Se extiende

por ahí... Detrás el mar. (Oyendo el ruido del mar.) ¡Cómo zumba, cómo canta... con voz solemne y mística... ¡Qué turbación siento! Al entrar aquí parece que he pasado de un mundo á otro. Todos los sonidos de la Naturaleza me hablan, todos los objetos me miran. (Llevándose las manos á la cabeza.) No, no tengo yo en mi cabeza la debida serenidad. (Mira al interior de la casa.) Y las moradoras, dónde están?... ¿qué hacen?... ¿Entraré? Siento voces lejanas en el jardín. (Al volverse hacia el fondo, aparece Lucinda por un hueco de follaje. Viste de blanco, traje de gran sencillez y clásica elegancia; zapatos azules. Adorna su seno y cabeza con rosas. Lee un libro. Anda despacio, embebecida en la lectura.) ¡Ah! ¿Qué es esto? ¿Una mujer? No, no es persona humana, sino visión mentirosa, hechura de los rayos del sol, ó de mi mente abrasada. (Da algunos pasos hacia Lucinda, que avanza muy despacio, sin alzar del libro los ojos.) Es persona real, sí... la perfecta hermosura de que me hablaron. (Alto.) Mujer... (Lucinda se para y fija sus ojos en Paulina.) Señora...

ESCENA II

PAULINA, LUCINDA.

LUCINDA.—(Saluda á Paulina con naturalidad y exquisita compostura.) ¡Ah!... perdone usted... No la había visto.

PAULINA.—Pensé que era usted una imagen, un fantasma. Su extremada hermosura me alucinó.

LUCINDA.—(Modesta.) ¡Oh, señora...!

PAULINA.—No me pareció criatura mortal. Permítame que la felicite por su belleza.

LUCINDA.—Ni yo por mi belleza... insignificante, ni usted por la suya... que es espléndida, merecemos alabanza, pues lo que somos no es obra nuestra, sino de Dios.

PAULINA.—(Aparte, pasmada.) También discreta. (Alto.) ¿Querrá usted decirme...? Yo vengo á... ¿Podré ver al Doctor Guillermo Bruno?

LUCINDA.—No está en casa... Pero no tardará... ¿Le conoce usted?

PAULINA.—No, señora. (Dudando.) ¡Pero de él he oído encarecimientos tan extremados...!

LUCINDA.—¿Quiere usted tomar asiento? (Se sientan las dos en el banco.) La fama de Guillermo vuela más alto que la envidia; mas no llega á las alturas del águila, donde él está.

PAULINA.—Es realmente un hombre sin par. (Tratando de inquirir.) Nadie apreciará sus grandes méritos y cualidades como usted, unida á él por lazos tan estrechos, por... por...

LUCINDA.—Estrechos lazos, sí: la obediencia...

PAULINA.—¿Y nada más?

LUCINDA.—La gratitud... y sobre la gratitud, un cariño que se adormece en el tiempo y no distingue las horas, porque todas son igualmente dulces... Nada más hermoso para la mujer que reposar á la sombra de una voluntad superior; coadyuvar, aunque en mínima parte, á una obra sublime; sostener á esa gran voluntad cuando desfallece; participar de sus alegrías cuando triunfa...

PAULINA.—¡Oh, sí que es hermoso! ¿Y eso lo hace usted?

LUCINDA.—Decir que lo hago sería jactancia. Debo decir que lo intento... (Saca de su bolsillo la labor de *frivolité*.) ¿Me permite usted, señora, que...?

PAULINA.—Sí, sí, trabaje... Sin duda Guillermo detesta la ociosidad, y á las personas que más ama las hace andar de coronilla...

LUCINDA.—Cierto... De mí sé decir que por esta virtud, la laboriosidad, se compenetran el alma de Guillermo y la mía, ó ha venido á ser mi alma como una proyección de la suya.

PAULINA.—(Aparte.) ¡Qué remilgada sutileza! (Alto.) ¿Y todo el día se lo pasa usted leyendo y haciendo *frivolité*?

LUCINDA.—Señora, no. Esto es un ratito de ociosidad disimulada. En Madrid trabajo en la Biblioteca y en el Laboratorio; allá y aquí, en todos los menesteres de la casa: lavar, cocinar...

PAULINA.—¡Cocinar con esas manos tan finas!

LUCINDA.—(Mostrando sus manos pulcras, delicadas.) Aquí donde

usted las ve, ellas cosen y arreglan la ropa de Guillermo y de los niños, escriben cartas que Guillermo me dicta, limpian y desinfectan los instrumentos de cirugía...

PAULINA.—¡Oh, lindas manos, qué útiles son y qué bellas!

LUCINDA.—Tocan el piano, riegan las flores...

PAULINA.—¿Y qué más, qué más? Porque no trabajarán sólo las manos, sino el entendimiento.

LUCINDA.—Claro. ¿Quién, sino yo, repasa á las niñas la Física elemental?

PAULINA.—¡Jesús! ¿Y tiene usted cabeza...?

LUCINDA.—Y á ratos discuto con Guillermo algún punto de Filosofía... como aprendizaje, como ejercicio mental...

PAULINA.—¡También filosofía! (Irónica.) Comprendo que Guillermo esté encantado con usted.

LUCINDA.—Sí que lo está...

PAULINA.—Y que sea usted la preferida, la más amada...

LUCINDA.—Naturalmente... (Paulina se levanta inquieta; displicente; se pasea.)

PAULINA.—(Aparte.) ¡Y que oiga yo estol... ¡Y qué bien se armonizan su hermosura y su pedantería! Ambas me destrozan el alma.

LUCINDA.—(Levantándose también.) Pues si usted me lo permite, señora, le preguntaré si viene á consultar con Guillermo alguna dolencia...

PAULINA.—¿Pues á qué se viene á casa de los médicos?

LUCINDA.—Ciertamente... Las señoras de la buena sociedad disponen para su uso particular de una colección de enfermedades elegantes que no matan ni afean...

PAULINA.—(Aparte.) ¡Y ahora se burla! (Se pasea. Lucinda la sigue, continuando su labor.) Ha entendido usted mal, señora. Yo no estoy enferma. He venido aquí por...

LUCINDA.—(Sospechando.) Ya... Por alguien que aquí vive. Entendido. No está usted enferma del cuerpo; del alma, sí.

PAULINA.—(Sorprendida de la penetración de Lucinda.) Muy bien.

LUCINDA.—¿He sido impertinente?

PAULINA.—No, no. Siga.

LUCINDA.—Es usted un espíritu fatigado de esa vida social, vertiginosa y febril, totalmente empleada en pasatiempos y goces. ¿Acierito?

PAULINA.—Así, así... Diga todo lo que piense.

LUCINDA.—Viene usted aquí en busca de un afecto intenso y puro.

PAULINA.—Tal vez.

LUCINDA.—Viene con la idea, muy noble y muy santa, de reparar el error más grave de su vida.

PAULINA.—No está mal. Adelante. Adivine más.

LUCINDA.—Falta lo más difícil... (Observándola, sondándola con la mirada.) Adivinar quién atrae á usted... quién la llama á esta pobre casa.

PAULINA.—Vamos á ver.

LUCINDA.—Nosotras, las mujeres que aquí vivimos, nada interesamos á usted...

PAULINA.—Muy pronto lo ha dicho.

LUCINDA.—Pero aquí también hay niños...

PAULINA.—Niños hay... Y entre ellos uno, que es el preferido de Guillermo, el que más ama. Hábleme usted de esa criatura.

LUCINDA.—(Aparte, gozosa de su descubrimiento.) ¿No lo decía yo? ¡Cómo voy acertando! (Alto.) Es un sér contrahecho, deforme, con quien la Naturaleza se ha mostrado cruel.

PAULINA.—¿Cómo se llama?

LUCINDA.—(Maliciosa.) ¿De veras ignora su nombre?

PAULINA.—Aseguro á usted que lo ignoro. (Con vivo interés.) Dígame.

LUCINDA.—Su nombre es Salvador; pero solemos llamarle *Niño Dios*.

PAULINA.—¿Sabe usted quién es la madre de ese niño?

LUCINDA.—Sí... digo, no: lo sospecho no más. Guillermo, cuando le hablamos del *Niño Dios* y le preguntamos su origen, suele decirnos que se lo entregó una hermosa mujer, desconocida, errante, que á su lado pasó como una tempestad...

PAULINA.—(Absorta.) ¡Cosa más rara... pasó... como tempestad!...

LUCINDA.—Dice también que llegará un día en que la mujer hermosa y errante se arrepienta de haber abandonado á su hijo, y venga por él.

PAULINA.—(Como aelada.) No entiendo nada. Todo esto me parece una leyenda, un cuento de niños.

LUCINDA.—¿No le interesa á usted?

PAULINA.—No... Si algo me interesa es por la relación que pueda existir entre ese niño y Guillermo... no por lo que usted cuenta de madres errantes, de mujeres tempestuosas.

LUCINDA.—(Aparte.) ¡Qué bien disimula!... Pero no hay duda, es la madre de Salvador.

PAULINA.—¿Qué dice usted?

LUCINDA.—No digo nada... pienso muchas cosas. Pienso que en el alma de usted han entrado, tarde sí, pero á tiempo, el amor al bien y el gusto de la virtud.

PAULINA.—(Ingenua, conmovida.) ¿Cree usted que aún es tiempo?

LUCINDA.—Sí, y pienso que ha sido feliz inspiración de usted venir acá.

PAULINA.—¿Verdad que sí?

LUCINDA.—Sus faltas serán perdonadas... Pienso también que si asegura usted la paz de su conciencia, será feliz.

PAULINA.—(Incrédula.) ¡Feliz yo! ¡Ay!... otra leyenda como la que usted cuenta del *Niño Dios* y la mujer que pasa.

LUCINDA.—No es leyenda... Usted verá que no es leyenda.

PAULINA.—(Confusa y triste.) Esta mujer me consuela... y me aturde... Admiro su talento, tan grande como su belleza... Pero es la leyenda, es el dorado ensueño que habita en esta casa del misterio...

ESCENA III

Las mismas.—OCTAVIA. Es una jovencuela graciosa y linda, vestida con sencillez elegante; traje de color. Trae una canastilla y coge flores.

OCTAVIA.—Lucinda, María te espera. Hoy te toca dar la merienda á los niños.

LUCINDA.—Voy. (Guarda en el bolso el libro y la *frivolité*.) ¿Y tu hermana?

OCTAVIA.—Está cogiendo fruta. Yo cojo flores para adornar la mesa.

LUCINDA.—Esta señora espera á Guillermo. (Vase por el foro izquierda.)

OCTAVIA.—(Cogiendo flores.) No puede tardar ya. Tenga la bondad de tomar asiento.

PAULINA.—(Aparte, observando con asombro en Octavia los encajes que dió á Guillermo.) ¡Mis encajes! Otro misterio... Sigue la leyenda, el cuento de niños. Veré si de ésta saco más luz que de la otra. (Alto.) ¡Qué linda es usted, señorita, y cuánto me agrada la sencillez de su traje!

OCTAVIA.—La sencillez es nuestro adorno.

PAULINA.—¿Tiene usted una hermana?

OCTAVIA.—Sí, señora: se llama Celia, y yo me llamo Octavia, para servir á usted. (Canturrea en voz baja.)

PAULINA.—¿Son ustedes hijas del Doctor Bruno?

OCTAVIA.—No, señora; no tenemos ese honor.

PAULINA.—Según he oído, aquí están ustedes muy divertidas.

OCTAVIA.—El maestro nos manda estar alegres... gusta de vernos reír.

PAULINA.—Y según parece, no consiente la holgazanería.

OCTAVIA.—Nunca estamos ociosas.

PAULINA.—¿Y qué hacía usted antes de venir á coger flores?...

OCTAVIA.—Cosíamos estos encajes que nos trajo el maestro.

PAULINA.—¿Y antes de eso?

OCTAVIA.—Dí con Lucinda mi lección de Música, y mi hermana repasó la Física.

PAULINA.—Bien, bien, ¿Son ustedes huérfanas?

OCTAVIA.—De padre.

PAULINA.—¿Y su mamá de usted, vive en la casa?

OCTAVIA.—(Recelosa, después de una pausa.) No, señora.

PAULINA.—Y ese niño, tan amado del maestro, ¿es hermanito de usted?

OCTAVIA.—(Sorprendida.) ¿Hermano nuestro Salvador...? No, señora.

PAULINA.—Oigo ruido de pequeñuelos... ¿Son enfermitos?

OCTAVIA.—Algunos han venido muy desmedrados... poco á poco sanan y se robustecen.

PAULINA.—¿Y vienen chiquitos, muy chiquitos?... Quiero decir, si vienen de París.

OCTAVIA.—No, señora.. Son de Madrid casi todos. (Se acerca

- mostrando una flor.) Vea usted qué rosa tan bonita. Suplico á usted que la acepte.
- PAULINA.—Gracias... ¡Qué amable! (Se pone la rosa en el pecho.) Ya tiene usted para adornar su comedor... ¿Y cantan ustedes de sobremesa?
- OCTAVIA.—Y á veces mientras comemos. Cantamos, y todos se alegran, chicos y grandes; todos se ríen.
- PAULINA.—¿Y no rezan ustedes?
- OCTAVIA.—Sí, señora. Al anochecer, y cuando nos levantamos. (Se oye el canto de Celia acercándose.) ¡Celia! estoy aquí.

ESCENA IV

Las mismas.—CELIA. Es bonita, algo más pequeña que su hermana. Los trajes se diferencian en el color. Entra con un cestito lleno de uvas.

- OCTAVIA.—Celia, ten juicio... ¿No ves que hay visita?
- CELIA.—(Haciendo una reverencia.) Señora, perdóneme. No la había visto.
- OCTAVIA.—(Mirando al cesto.) ¿Traes muchas?
- CELIA.—Dulces como la miel. (Ofrece á Paulina.) Pruebe usted, señora.
- PAULINA.—Gracias.
- OCTAVIA.—Acepte usted. Son muy ricas.
- PAULINA.—(Aceptando.) Por complacer á ustedes. Ya sé por su hermanita que estudian ustedes mucho: la Física, la Música, la Historia... ¡Oh, qué niñas tan aplicadas! Y con tan variadas ocupaciones, la salud será excelente.
- OCTAVIA.—Ya usted nos ve.
- PAULINA.—Sanas, alegres y lindísimas.
- OCTAVIA.—Acepte usted también estos jazmines. (Se los ofrece.)
- CELIA.—Dámelos. Yo se los pondré en el cabello.
- PAULINA.—Gracias. Pero no me enramen, como la Cruz de Mayo.
- CELIA.—(Poniéndole los jazmines.) Así... ¡qué bien!

- OCTAVIA.—Y aquí esta rosa. (Se la pone en la cintura.)
- PAULINA.—Basta, no más. Cuando me vea el Doctor Bruno, ¿qué dirá?
- CELIA.—La encontrará á usted muy bella.
- OCTAVIA.—Un día estubo aquí una señora guapísima... La cubrimos de flores.
- CELIA.—¡Cómo se reían ella y el maestro!
- PAULINA.—¿Una señora? ¿No sería la esposa de Guillermo?
- OCTAVIA.—¿Qué dice usted? ¡Si Guillermo no tiene esposa!
- PAULINA.—(Protestando.) ¡Que no tiene esposa!
- OCTAVIA.—No, no. El maestro es viudo.
- PAULINA.—¡Viudo!
- CELIA.—Sí, señora: es viudo todo hombre casado á quien se le muere su mujer.
- PAULINA.—¡Muerta su mujer! (Consternada, se aleja de ellas.)

ESCENA V

Las mismas.—MARÍA, GERVASIA.

- MARÍA.—(Por la izquierda.) Pero, hijas, ¿por qué no habéis llevado á esta señora á la sala de recibir? Parecéis tontas.
- PAULINA.—(Secamente.) No las riña usted. Estoy bien aquí. (Aparte, retirándose más á la derecha.) ¡Muerta yo! (Entra Gervasia por el foro derecha con niños y niñas que vuelven de paseo, y una criadita. Esta conduce á los pequeños al interior de la casa por el foro izquierda. Gervasia se dirige al centro y habla con María. Octavia y Celia, desde la izquierda, contemplan á Paulina meditabunda.)
- MARÍA.—(Respondiendo á una pregunta de Gervasia.) Una visita.
- GERVASIA.—(Que ha mirado atentamente á Paulina.) Yo conozco á esta señora.
- MARÍA.—¿Quién es?
- GERVASIA.—(Observándola más.) ¿Me equivocaré...? No: es ella.
- MARÍA.—¿Quién?
- GERVASIA.—Paulina; la esposa del señor.

MARÍA.—¡Jesús! Me has asustado. ¿Y á qué vendrá aquí esa mujer?

GERVASIA.—A mortificar al señor, á turbar su tranquilidad. Si hay justicia en el mundo de los sabios, oirá sus embustes y la pondrá en la calle... ¿No creés tú...? Es hombre duro...

MARÍA.—Pero es también piadoso, es humano.

GERVASIA.—Sea como quiera, no puede acogerla bien. El delito de esta mujer es horrible...

MARÍA.—¡Horrible! Ya me has contado...

PAULINA.—(Aparte.) Hablan de mí. Su mirada me aterra.

OCTAVIA.—(A la izquierda, con Celia.) Verás cómo resulta lo que te digo.

CELIA.—Que es la mamá de Salvador. ¡Cosa más rara!

OCTAVIA.—Sí que es raro. La madre tan bella, y el hijo tan desgraciadito.

PAULINA.—(Que ha mirado atentamente á Gervasia, dirigiéndose á ella.) ¿Estoy alucinada, ó es usted Gervasia? (María se une al grupo de las niñas.)

GERVASIA.—(Secamente.) Gervasia soy, sí, señora.

PAULINA.—Vengo á ver á Guillermo... Tengo que hablarle.

GERVASIA.—El señor dispone de poco tiempo. No gusta de conversaciones inútiles. (Le vuelve la espalda.)

PAULINA.—(Aparte, atribulada.) ¡Que soporte yo estas groserías! (Retírase á la derecha.)

OCTAVIA.—Es elegantísima. (A la izquierda forman grupo las dos muchachas con Gervasia y María.)

CELIA.—Bella y simpática.

MARÍA.—Una de estas fantasiosas que vienen á marear al maestro.

GERVASIA.—No debéis hablar con ella, ni responder á sus preguntas.

ESCENA VI

Las mismas.—LUCINDA.

LUCINDA.—Ya he dado la merienda á los niños. ¿Pongo la mesa?

MARÍA.—(Por Octavia y Celia.) La pondréis vosotras.

LUCINDA.—Desde que entró la conocí. Es la mujer errante...

PAULINA.—(Aparte.) El desvío de estas mujeres me oprime el corazón... Siento impulsos de huir... No, no: pase lo que pase, y digan lo que dijeren, aquí espero á Guillermo.

MARÍA.—(A Lucinda.) Acompañe usted á esta señora.

OCTAVIA.—(Aparte á Gervasia.) ¿Y no nos despedimos de ella?

GERVASIA.—Hacedle una reverencia, y nada más. (Las muchachas hacen á Paulina una reverencia. Se retiran cantando entre dientes el *Himno á la alegría*. En el foro, únese á la voz de ellas el coro lejano. Tras de las muchachas se van María y Gervasia.)

ESCENA VII

PAULINA, LUCINDA. Paulina se quita algunas flores de las que le han puesto las muchachas, y las arroja.

LUCINDA.—¿Qué hace usted?

PAULINA.—Quitarme estos emblemas de alegría, que no cuadran á mi tristeza. (Se desvanecen las voces del coro.)

LUCINDA.—¡Desgraciada señora!

PAULINA.—¿Y ese canto de júbilo, himno de la juventud dichosa y de la niñez florida...?

LUCINDA.—Es la voz divina del gran Beethoven, que nos acompaña y nos ilumina en nuestros quehaceres.

PAULINA.—Pues en mi alma se vuelve quejumbroso y lúgubre.

LUCINDA.—La alegría es el premio de las conciencias puras y de las voluntades que han sacudido la pereza.

PAULINA.—¡Idea hermosa! Como que es de Guillermo. Mil veces la oí de sus labios.

LUCINDA.—¿Usted?

PAULINA.—(Con arrogancia.) Yo. Las ideas que usted repite como una lección de carretilla, yo las bebí en la fuente.

LUCINDA.—¿Antes que yo? Permítame que lo dude.

PAULINA.—(Muy excitada, recorriendo la escena.) Dúdelo usted todo lo que quiera. Diré la verdad de una vez, á boca llena, para que usted se asombre ó se indigne, para que lllore ó patee. Soy la esposa de Guillermo.

LUCINDA.—¡Su mujer! Por segunda vez, señora, me tomo la libertad de poner en duda lo que usted dice.

PAULINA.—¡Que lo duda, que lo niega!

LUCINDA.—Negar, no... Pero... con profundo convencimiento, insisto en que usted padece una equivocación.

PAULINA.—La equivocada es usted... (Enrespándose.) Pues no faltaba más.

LUCINDA.—No me ponga en el caso de faltar á la cortesía diciéndole...

PAULINA.—¿Qué?

LUCINDA.—Diciéndole que no parece estar en su sano juicio.

PAULINA.—¿Que estoy loca?... ¡Loca porque digo...! ¿Pero se atreve á sostener?...

LUCINDA.—(Impávida, guardando su dignidad.) Aunque usted falte á las conveniencias, yo no me ofendo... veo en usted un cerebro perturbado.

PAULINA.—(Fuera de sí.) ¡Loca yo!... ¿Y se atreve á negar...? (Amenazando.) ¡Que no lo sufro... que no lo aguanto!

LUCINDA.—(Alzando la voz.) Repórtese.

PAULINA.—Usted es la que falta. (Entra Guillermo por la derecha. Se detiene observándolas.)

LUCINDA.—(Excitada.) ¡Usted, usted, intrusa en esta casa!

PAULINA.—(A gritos.) La intrusa es usted. (Suben de tono las voces.)

LUCINDA.—Estoy en mi casa. (Paulina ve á Guillermo. Corre hacia él. Las dos quedan suspensas.)

ESCENA VIII

PAULINA, LUCINDA, GUILLERMO.

PAULINA.—Guillermo, ¡ay! ven... Dime, ¿cuál de estas dos mujeres está loca?... ¿Esa ó yo?

GUILLERMO.—Tú... (Se ríe.) Serénate. (Pausa.) Lucinda, ven... acércate. (Lucinda se acerca despacio, medrosa.) ¿Verdad que no estás enojada con esta señora? ¿Verdad que la quieres?

LUCINDA.—(Bajando los ojos.) Si tú lo mandas...

GUILLERMO.—(En tono paternal.) Yo á tí te quiero... (Familiar.) Ve y dí á María y Gervasia que pongan un cubierto más en la mesa, que esta señora cenará con nosotros.

LUCINDA.—(Aparte, alejándose.) ¿Cómo puede ser esposa de Guillermo la madre desnaturalizada...? (Parándose y mirándola.) Inmenso enigma, yo te descifraré. (Desaparece por el foro izquierda.)

ESCENA IX

PAULINA, GUILLERMO; después CELIA.

PAULINA.—La loca es ella, no yo.

GUILLERMO.—Las dos.

PAULINA.—¿Qué mujer es esa?

GUILLERMO.—Tus locuras te han hecho también desmemoriada. ¿Pero no reconoces á Lucinda?

PAULINA.—Lucinda... (Recordando.) La hija del Marqués de Criptana... ¡Si no la ví más que una vez, á la salida de un teatro!... Ya voy recordando. Supe que se trastornó.

GUILLERMO.—Maltratada por su marido, se hizo estudiosa, taciturna, contemplativa, extremando la vida ideal. Per-

dida la razón, su padre me la entregó para que la curase. Tenía visiones, delirios, accesos epilépticos. Al fin, á fuerza de paciencia y observación, he puesto el orden en su mente, y esa serenidad poética que has visto. Es mujer de muchísimo talento y de copiosa lectura.

PAULINA.—Ya, ya lo he notado.

GUILLERMO.—Es un poquito filósofa... de imaginación. Tiene, como tú, la facultad de dar giro fantástico á las cosas más naturales y sencillas.

PAULINA.—Ya, ya.

CELIA.—(Por el fondo.) ¿Puedo pasar?

PAULINA.—¿Y esta niña graciosa y su linda hermana?

GUILLERMO.—Celia... puedes pasar... acércate. Ponte ahí, delante de esa señora. (Celia se coloca frente á Paulina.) Mírala bien, Paulina; lee en esas facciones.

PAULINA.—(Mirando atentamente.) Me parece... creo recordar...

GUILLERMO.—(Imperioso.) Paulina, despierta. Tu mente vagabunda vuela por los espacios y se pierde en el olvido... Deletrea esa cara. ¿De quién es hija esta preciosa niña?

PAULINA.—(Dudosa, recordando.) ¿Es hija de Daniel Fons, militar muerto en Cuba?

CELIA.—Para servir á usted, señora.

PAULINA.—La ví tan niña... Sí, ella es. Reconozco el aire de familia... Dé usted á Guillermo el recado que trae. (Se aparta.)

GUILLERMO.—No te apartes.

CELIA.—Si ponemos la mesa al aire libre.

GUILLERMO.—Claro.

CELIA.—Podía molestar á esta señora el aire libre.

PAULINA.—Al contrario... me gusta mucho, mucho.

GUILLERMO.—El aire libre despeja la memoria y aviva el entendimiento. Dale un beso y retírate. (Se besan. Sale Celia muy ligera.)

ESCENA X

PAULINA, GUILLERMO; después OCTAVIA.

GUILLERMO.—Abandonadas de su madre, que era una mala mujer...

PAULINA.—¡Pobres niñas!

GUILLERMO.—Quedaron solitas y en la mayor pobreza. En memoria de su padre, mi grande amigo, las recogí. Vinieron á mi poder raquíticas, melancólicas, desmedradas de cuerpo, los entendimientos atestados de ineptias farragosas. En poco tiempo he fortalecido los cuerpos, he alegrado las almas, les he infundido el poder mental y el poder de voluntad.

PAULINA.—¡Qué triunfo, qué maravilla!

GUILLERMO.—No hay maravilla en lo que sólo es obra de la paciencia. Estos y otros seres desyalidos, dañados por la naturaleza ó abandonados de los hombres, son mi familia, mi única familia, porque no tengo otra.

PAULINA.—Aquí todos los corazones son tuyos. Te rodean mujeres que no son tus mujeres; amas á niños que no son tus hijos... que lo son quizás... no sé. Este es un mundo extraño, desconocido para mí; pero yo entro en él animosa. (Con ardorosa curiosidad.) ¿Es esto la ciencia pura, ó es una familia creada por el amor para el servicio de la ciencia?

GUILLERMO.—La ciencia crea; el amor embellece.

OCTAVIA.—(Por la izquierda.) ¿Puedo pasar?

GUILLERMO.—Adelante.

OCTAVIA.—Maestro, tu *Niño Dios* te sintió entrar. No tiene consuelo, porque no has ido á cogerle en brazos como acostumbrabas. ¿Le traigo?

PAULINA.—(Vivamente.) Sí.

GUILLERMO.—No; entreténle; pásale un rato bajo las higueras... (Se va Octavia.)

ESCENA XI

PAULINA, GUILLERMO.

PAULINA.—(Impaciente.) Yo quiero verle.

GUILLERMO.—Te causará pena, quizás espanto. En ese desdichado sér puso Dios el sello de la degeneración humana. Yo amo con ardiente pasión á ese niño porque es el más débil, porque además es mi pensamiento, mi voluntad... porque á él debo mi vida, como él á mí la suya.

PAULINA.—(Después de mirar hacia el foro izquierda, retráese asustada.) ¡Oh! ya le veo... Lastimosa figura humana... ángel deforme.

GUILLERMO.—Pues ese ángel deforme tiene contigo más relación de lo que tú crees.

PAULINA.—¡Conmigo! ¡Relación conmigo!

GUILLERMO.—Contigo. Vas á saberlo. En aquella noche tristísima en que tú, alzándote ante mí con arrogancia de mujer emancipada, que cifra su orgullo en el oprobio...

PAULINA.—(Aterrada.) No sigas... por Dios te lo pido. Viviendo cien siglos no borraría de mi memoria la mancha de ese recuerdo.

GUILLERMO.—En aquella ocasión terrible, saliste de mi casa y me quedé solo, sin ver junto á mí más que mi dignidad y mi corazón pisoteados...

PAULINA.—Basta... no más.

GUILLERMO.—Mi desesperación me igualaba á los condenados del Infierno. Por primera vez en mi vida me sentí caído en la vulgaridad de la envidia, del despecho, del rencor... Yo no era yo, sino una bestia desatada, capaz de todas las violencias. Corrí fuera de mi casa, me lancé á la calle con ansias de matar. ¿A quién? A mí mismo, porque sólo acabando conmigo aniquilaba mi deshonor.

PAULINA.—¡Quisiste matarte!... Esa vida gloriosa y santa estuvo á punto de perderse por mí, que soy una miserable, una mujer indigna.

GUILLERMO.—Loco y ciego iba yo á la muerte... Verás cómo esta fatalidad fué desviada de su camino por otra fatalidad. Corriendo, como te digo, de calle en calle, fuí á parar á las afueras de la Villa... Llegué á un sitio desamparado... Casuchas miserables y tapias rotas distinguí en la obscuridad... Oí ruido de pendencia, voces airadas, soeces... Ví sombras que se agitaban con furor de pelea, entre un zumbido de imprecaciones y blasfemias horribles... Después las sombras huían, se alejaban las voces... Llanto de mujeres era el último rumor que se alejaba. Avancé yo, y mis pies dieron en un bulto... de aquel bulto salía un quejido lastimero... Al inclinarme sobre él, creí encontrar un perrito abandonado. Esto me pareció cuando ví una forma animal queriendo moverse á cuatro pies sobre una tela deshilachada, que debía de ser su envoltura. Fijé toda mi atención... El animal... era un pobre niño escuálido, desnudo, hambriento...

PAULINA.—Le recogiste...

GUILLERMO.—(Con emoción.) Y lo mismo fué tenerle entre mis manos, que sentirme inundado de piedad, y disiparse, como por milagro, todo aquel furor de suicida que yo llevaba al salir de mi casa. Aquel mezquino sér que del suelo recogí, el último, el más despreciable y deslucido de toda la humanidad, hizo brotar en mí nuevo raudal de amor... todos los amores que yo había perdido, que tú me quitaste. (Pausa. Paulina llora, el rostro entre las manos.) Me le llevé á casa. Al día siguiente fué bautizado. Y ya no pensé más que en sacar á salvo aquella infeliz vida, para mí la más preciosa del mundo. A esa criatura consagré todo lo que sé... y todo mi cariño encima. En él ví el hijo que tú no me habías dado, y que á mí venía caído del Cielo ó abortado por la tierra, deforme y contrahecho, como nuestro desdichado matrimonio.

PAULINA.—Su aparición fué mi ingratitud materializada ante tus ojos. Mirando á ese pobre engendro, me aborrecías más, ¿verdad?

GUILLERMO.—No: ya no me cuidaba de aborrecer á nadie. En la deformidad de Salvador, no ví nunca un castigo. (Con

entusiasmo profesional.) Era una prueba, era como un desaffo de la Naturaleza, para que en aquel cuerpo miserable probáramos ella y yo nuestras armas. (Orgulloso.) ¡Lucha titánica! Para lanzarse á ella resucitó mi espíritu muerto.

PAULINA.—En esa lucha pusiste toda tu ciencia.

GUILLERMO.—La ciencia y un amor entrañable. (Va relatando sus triunfos con orgullo y alegría.) El pobre esqueleto de ese animalito yo lo fortifiqué... Su cuerpo no quería crecer... yo lo impulsé al crecimiento. Yo he regenerado su sangre viciada. No tenía más que instintos, y yo he desarrollado en él la inteligencia. Era cruel, y yo le he enseñado la piedad, el amor. Carecía del don de la palabra, y yo he convertido sus mugidos en expresiones claras. Era torvo, ceñudo, y yo le he enseñado la risa. Era, en fin, una bestezuela, y en esa bestezuela he infundido un espíritu, que quiero sea cristiano y ame la verdad, la justicia... Puedo decir que lo he creado, que es obra mía, hechura de mi pensamiento y de mi amor.

PAULINA.—(Desconcertada.) Todos tus cariños se cifran en él, y poco queda para los demás, nada para mí.

GUILLERMO.—Yo te adoraba, Paulina: bien lo sabes.

PAULINA.—Sí: no debo quejarme. Dueña fuí de un tesoro, y lo arrojé en medio de la calle.

GUILLERMO.—En la calle se pierden los tesoros y en la calle se encuentran... Así encontré yo el mío... Nuestra separación, Paulina; el divorcio de hecho, ha sido consagrado por absoluta disparidad entre los pobres seres que son objeto de nuestro cariño. Mi *Niño Dios* y tu *Cristín* no pueden ser hermanos.

PAULINA.—(Suplicante.) ¡Que lo sean, Guillermo; que lo sean!

GUILLERMO.—Imposible. ¿Cómo hacerte comprender esta diferencia, fundada, más que en la Naturaleza, en el origen de los seres humanos?... Tú y tu hijo pertenecéis á otro mundo, al mundo en que los goces ahogan los deberes. Vuélvete allá, Paulina, y quédese el hombre solitario recluido en su caverna, entre lástimas y miserias humanas. El vacío que tú dejaste, lleno está de rudas obligaciones y de tristezas. No es éste tu sitio.

PAULINA.—(Con gran efusión.) Sí lo es. Admíteme, Guillermo. La piedad que en tí despertó Salvador, concédela á esta miserable. Deforme y monstruosa soy también: necesito de tu inteligencia y de tu amor.

ESCENA ÚLTIMA

PAULINA, GUILLERMO, OCTAVIA, SALVADOR; después CELIA y LUCINDA. Aparece Octavia por el fondo con Salvador en brazos. Es un sér desmedrado y raquítico, de ojos negros y vivos, el cuerpo encorvadito, esmeradamente vestido con franelas blancas.

OCTAVIA.—Maestro, no puedo contenerle... Tu *Niño Dios* no vive lejos de tí.

PAULINA.—Desgraciado niño, por ser como eres; feliz, porque te ama el grande hombre. (El niño alarga sus brazos hacia Guillermo.)

GUILLERMO.—Ven, hijo mío... ven... ¡Pobrecito, que no puede vivir sin mí! ¿Has llorado? (El niño responde que sí con la cabeza.) Ven acá. (Le coge en brazos.) ¿Ves esa señora? (Señalándola.) ¿Te gusta esa señora? (El niño mira á Paulina como asustado; después se abraza al cuello de Guillermo.) Quiere decir que le gustas; pero que todo su cariño es para mí, para mí solo.

PAULINA.—(Con viva emoción.) Quiéreme á mí también, criatura de Dios, porque yo quiero fervorosamente á tu padre. Madre soy de otro niño desvalido, á quien Guillermo salvó de la muerte. Los dos le debéis la vida.

GUILLERMO.—Oye, Salvadorín: ésta señora quiere que la admitamos en nuestra familia. ¿Qué te parece á tí?

PAULINA.—Dí que sí, que me admita... Yo seré buena. (Salvador, sonriendo, mira alternativamente á Paulina y á Guillermo.)

GUILLERMO.—¿Qué dices?... A ver... decide pronto.

PAULINA.—Sí, dice que sí.

GUILLERMO.—No dice nada.

PAULINA.—Niño mío, traeré á Cristín, que será tu hermanito.
Seré tu madre.

SALVADOR.—(Extiende su brazo hacia Paulina; la llama con movimiento gracioso de la mano.) *Ma... dre.*

PAULINA.—(Corre hacia Guillermo; se arrodilla.) Maestro, admítame, hazme tuya.

GUILLERMO.—¿Amarás á este pobre niño tanto como al tuyo?

PAULINA.—(Con grande efusión.) Sí: á los dos amaré lo mismo.

GUILLERMO.—(Aparecen Lucinda y Celia.) La mujer errante vuelve á su casa para no salir más. Festejémosla. (Coro lejano.)

FIN DE LA COMEDIA